

## DON JUAN NICASIO GALLEGO

### EL DOS DE MAYO

*Animus meminisse horret luctuque refugit.*  
VIRG. *ÆN.*

Noche, lóbrega noche, eterno asilo  
Del miserable que esquivando el sueño  
En tu silencio pavoroso gime,  
No desdeñes mi voz: letal beleño  
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime  
Empapada la ardiente fantasía,  
Da á mi pincel fatídicos colores  
Con que el tremendo día  
Trace al fulgor de vengadora tea,  
Y el odio irrite de la patria mía,  
Y escándalo y terror al orbe sea.  
¡Día de execración! La destructora  
Mano del tiempo le arrojó al averno;  
Mas ¿quién el sempiterno  
Clamor con que los ecos importuna  
La madre España en enlutado arreo  
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,  
Al pálido lucir de opaca luna,

Entre cipreses fúnebres la veo:  
Trémula, yerta y desceñido el manto,  
Los ojos moribundos  
Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;  
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos  
Yace entre el polvo, y el león guerrero  
Lanza á sus pies rugido lastimero.  
¡Ay, que cual débil planta  
Que agosta en su furor hórrido viento,  
De victimas sin cuento  
Lloró la destrucción Mantua afligida!  
Yo ví, yo ví su juventud florida  
Correr inerme al huésped ominoso.  
Mas ¿qué su generoso  
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo,  
En quien su honor y su defensa fia,  
La condenó al cuchillo.  
¿Quién ¡ay! la alevosía,  
La horrible asolación habrá que cuente,  
Que, hollando de amistad los santos fueros,  
Hizo furioso en la indefensa gente  
Ese tropel de tigres carniceros?  
Por las henchidas calles  
Gritando se despeña  
La infame turba que abrigó en su seno;  
Rueda allá rechinando la cureña,  
Acá retumba el espantoso trueno;  
Allí el joven lozano,  
El mendigo infeliz, el venerable  
Sacerdote pacífico, el anciano  
Que con su arada faz respeto imprime,  
Juntos amarra su dogal tirano.

En balde, en balde gime,  
De los duros satélites en torno,  
La triste madre, la afligida esposa  
Con doliente clamor: la pavorosa  
Fatal descarga suena,  
Que á luto y llanto eterno la condena.  
¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuanto estrago!  
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido  
Mirad ese infelice  
Quejarse al adalid empedernido  
De otra cuadrilla atroz. «¡Ah! ¿qué te hice?  
Exclama el triste, en lágrimas deshecho.  
«Mi pan y mi mansión partí contigo,  
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,  
Templé tu sed, y me llamé tu amigo:  
¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje  
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,  
Con dura muerte y con indigno ultraje?»  
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!  
El mónstruo infame á sus ministros mira,  
Y con tremenda voz gritando ¡fuego!  
Tinto en su sangre el desgraciado espira.  
Y en tanto ¿dó se esconden,  
Dó están ¡oh, cara patria! tus soldados,  
Que á tu clamor de muerte no responden?  
Presos, encarcelados  
Por jefes sin honor, que, haciendo alarde  
De su perüdia y dolo,  
A merced de los vándalos te dejan;  
Como entre hierros el león, forcejan  
Con inútil afán. Vosotros solo,  
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,

Que osando resistir el gran torrente,  
Dar supisteis en flor la dulce vida  
Con firme pecho y con serena frente,  
Si de mi libre musa  
Jamás el eco adormeció á tiranos,  
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,  
Allá del alto asiento  
A que la acción magnánima os eleva,  
El himno oid que á vuestro nombre entona,  
Mientras la fama aligera le lleva  
Del mar de hielo á la abrasada zona.  
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas  
Por la opresa metrópoli tendiendo,  
La yerma asolación sus plazas cubre,  
Y al áspero silbar de ardientes balas,  
Y al ronco són de los preñados bronce,  
Nuevo fragor y estrépito sucede.  
¿Oís cómo rompiendo  
De moradores tímidos las puertas,  
Caen estallando de los fuertes gonces?  
¡Con qué espantoso estruendo  
Los dueños buscan, que medrosos huyen!  
Cuanto encuentran destruyen,  
Bramando los atroces foragidos,  
Que el robo infame y la matanza ciegan.  
¿No veis cuál se despliegan,  
Penetrando en los hondos aposentos,  
De sangre y oro y lágrimas sedientos?  
Rompen, talan, destrozan  
Cuanto se ofrece á la sangrienta espada.  
Aquí, matando al dueño se alborozan,  
Hieren allí su esposa acongojada:

La familia asolada  
Yace espirando, y con feroz sonrisa  
Sorben voraces el fatal tesoro.  
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,  
Mustio el dulce carmín de su mejilla  
Y en su frente marchita la azucena,  
Con voz turbada y anhelante lloro,  
De su verdugo ante los pies se humilla  
Timida virgen, de amargura llena;  
Mas con furor de hiena,  
Alzando el corvo alfange damasquino,  
Hiende su cuello el bárbaro asesino.  
¡Horrible atrocidad!... ¡Treguas, oh musa,  
Que ya la voz rehusa,  
Embargada en suspiros mi garganta!  
Y en ignominia tanta,  
¿Será que rinda el español bizarro  
La indómita cerviz á la cadena?  
No, que ya en torno suena  
De Palas fiera el sanguinoso carro,  
Y el látigo estallante  
Los caballos flamígeros hostiga.  
Ya el duro peto y el arnés brillante  
Visten los fuertes hijos de Pelayo.  
Fuego arrojó su ruginoso acero:  
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;  
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;  
Y al grito heroico que en los aires zumba,  
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.  
Guadalquivir guerrero  
Alza al bélico són la regia frente,  
Y del Patrón valiente

Blandiendo altivo la nudosa lanza,  
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!  
¡Oh sombras infelices  
De los que aleve y bárbara cuchilla  
Róbó á los dulces lares!  
¡Sombras inultas que en fugaz gemido  
Cruzáis los anchos campos de Castilla!  
La heroica España, en tanto que al bandido  
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,  
Brindó felicidad, á sangre y fuego  
Le retribuye el dón, sabrá piadosa  
Daros solemne y noble monumento.  
Allí en padrón cruento  
De oprobio y mengua, que perpetuo dure,  
La vil traición del déspota se lea,  
Y altar eterno sea  
Donde todo español al mónstruo jure  
Rencor de muerte que en sus venas cunda  
Y á cien generaciones se difunda.

À LA INFLUENCIA DEL ENTUSIASMO PÚBLICO  
EN LAS ARTES

Leída en la Real Academia de San Fernando en su Junta general, para la distribución de premios, celebrada el día 24 de Septiembre de 1808.

¡Cual, en rápido vuelo,  
El númen fué que á Píndaro y á Apéles  
Al remoto cenit alza y encumbra  
Del estrellado cielo  
Sobre el astro inmortal que al mundo alumbró?

¿Quién es el poderoso  
Genio que al vate y al pintor valiente  
La débil línea y el fugaz sonido,  
Venciendo al orgulloso  
Atlas que erguida la marmórea frente  
Sobre los montes de África descuella,  
Con marca fiel de eternidad los sella?  
¿Quién? Sólo el corazón. Cuando inflamado  
De vehemente pasión oprime el pecho,  
La osada fantasía  
Cede á su ardor, y el cerco de la esfera  
Siendo ya á su poder límite estrecho,  
Sus obras inmortales  
Del tiempo vencen la veloz carrera.  
Él fué quien blando suspiró en Tibulo,  
Trazo los celestiales  
Rasgos que á Vénus dan gracia y belleza;  
Él la noble osadía  
Fijó de Apolo en la gentil cabeza;  
Y á par que en el sonoro  
Canto de Homero al implacable Aquiles  
El penacho agitó del yelmo de oro,  
Y en su seno encender los ayes supo  
Con que la triste Andrómaca suspirá,  
Dió el intenso gemir al noble grupo  
Dó en lastimoso afán Laoconte espira.  
Él solo fué. Si á la espartana gente,  
Ardiendo en sedición, calmó Terpandro;  
Si Timoteo audaz con prestos sonos  
Logró encender el alma de Alejandro  
En el vario volcán de las pasiones,  
Primero las sintió. Quién á los ecos

De virtud y de gloria no se inflama,  
Ni al tierno sollozar del afligido  
Súbito llanto de piedad derrama;  
El que al público bien ó al patrio duelo,  
De gozo ó noble saña arrebatado,  
Cual fuego que entre aristas se difunde,  
O como chispa eléctrica invisible  
Que en instantáneo obrar rápida cunde,  
Su corazón de hielo  
Hervir no siente en conmoción secreta,  
Ni aspire á artista, ni nació poeta.  
¡En balde, ansioso, el mármol fatigando,  
Puliendo el bronce, en desigual contienda  
Pugnará con teson! Por mas que hollando  
De insuficiente imitación la senda  
Al Corregio sus gracias pida en vano,  
Alma al gran Rafael, brillo á Ticiano,  
Nunca en su tabla el hijo de Dione  
Maligno excitará falaz sonrisa,  
O al fiero ardor de los combates Ciro;  
Ni hará gemir la moribunda Elisa,  
Ni á Hécuba sierva arrancará un suspiro.  
¿Y ¡qué! en las artes sólo  
Ejerce el corazón su noble influjo?  
Cuanto el hombre en magnánima osadía  
Digno, grandioso y singular produjo,  
Obra es suya también. Dadme que un día,  
Su frente un pueblo alzando,  
Al baldón de extranjera tiranía  
Temblar de justa indignación se vea;  
Que la máscara hipócrita arrojando,  
Que al bien opone el sórdido egoísmo,

El honor, la virtud su númen sea;  
Y antes que, en muda admiración suspenso  
Sus rasgos de heroísmo,  
Su saber, su valor, sus glorias cuente,  
Podré el cauce agotar del mar inmenso,  
Y á par de Sirio levantar mi frente.  
¡Oh tú, claro esplendor del griego nombre,  
Célebre Atenas, de las artes templo  
Y hora misero polvo y triste ejemplo  
De la barbarie y del furor del hombre!  
Ya sus leyes dictando  
Contemple á tu Solon, ó á Fidias mire  
La gran deidad del Ática animando;  
Ya embebecido admire  
Del dulce Anacreón la voz divina,  
O al fuerte impulso de tu heroico brío  
Hollada en Maratón y en Salamina  
La soberbia de Jérges y Darío;  
De tu gloria, asombrado,  
Ante el coloso excelso me confundo,  
Y veces mil te aclamo, enajenado,  
Modelo, envidia, admiración del mundo.  
Mas ¡quién podrá del púb'lico entusiasmo  
Los portentos medir? Su hermosa llama  
No bien lució en tu seno, oh patria mía,  
Y ya al índico mar vuela tu fama.  
Tú, que atenta me escuchas,  
Amable juventud, y en lid activa  
Entre las armas y las artes luchas,  
Contempla ¡cuán hermosa perspectiva  
De grandeza y de honor se abre á tus ojos!  
Tú, de fervor patriótico inflamada,

En tanto que entre bélicos despojos  
Aterra al domador de cien naciones  
La saña de los héspedes leones,  
Por cuanto el mar abarca con sus olas  
Extenderás sus hechos generosos  
Y el blason de las artes españolas.  
Si; yo os lo anuncio: Zéuxis y Lisipos  
De la Hespéria seréis. Si en vano un día  
Atónito el viajero,  
Del Cid el busto y de Cortés buscando,  
Los términos corrió del pueblo ibero,  
A vuestro genio ardiente  
Tanta dicha el destino reservando,  
Respirar los verá. Que de repente  
En firme pedestal se alce Pelayo  
Y al pérfido opresor del orbe espante;  
Haced que su semblante,  
En santo fuego y cólera encendido,  
Llene de horror las playas agarenas,  
Y en su tumba Tarif lance un gemido,  
Que haga temblar las líbicas arenas.  
Mas ¡qué! ¡la antigua España  
Modelos de heroísmo y bizarría  
A vuestro noble afán concede sólo?  
¡Ya en su seno fecundo no los cria?  
¡Qué! ¡No oís el rumor de tanta hazaña  
La ancha esfera llenar de polo á polo?  
Ellos harán eterno vuestro nombre:  
Vosotros su valor. Patente veo  
La edad futura, y la espaciosa entrada  
Descubro del magnífico Museo,  
Donde entre claros tímbrs y blasones,

Su sien de lauro ornada,  
Inclitos héroes á Castilla ostentan,  
Y en los regios salones,  
Que en usos viles profanados fueron  
Subir las artes miro  
A más alto esplendor que nunca vieron  
Grecia ni Roma, ni Sidon ni Tiro.

Allí pincel fogoso,  
De Polignoto envidia y de Timántes,  
Las proezas brillantes  
De Cataluña indómita renueva;  
El galo, aquí, medroso,  
Sueltas las riendas al bridón lozano,  
Huye el furor del agil édetano;  
Allá en acento rudo,  
Como acosada fiera de Jarama,  
Dupont soberbio entre cadenas brama,  
Mientras Bétis sañudo  
Petos y cascos y águilas sangrientas  
Revuelve entre sus aguas turbulentas.

No lejos, tremolando  
Las barras de Aragón, á Augusta veo  
Contra el tesón del vándalo luchando;  
Y como roca altiva, que resiste  
Una vez y otras mil la rabia suma  
Del mar hinchado, que feroz la embiste  
Y al cielo arroja la sonante espuma,  
Domando así su bárbara porfia,  
Opone al galo fiero  
Pechos de pedernal, brazos de acero.  
¡Oh magia del pincel! Sobre el glorioso  
Montón de escombros de la antigua torre,

Que á la horrisona bomba se desploma,  
Allí el aragonés su frente asoma  
Indómita y serena,  
Y al terco sitiador de espanto llena.

Mas ¿qué otra imagen tu atención cautiva,  
De amor tu pecho y de placer colmando,  
Parnáside feliz? ¿No ves orlada  
De fresco lauro y de naciente oliva  
La regia sien del séptimo Fernando?  
¡El rey no es éste que Madrid gozosa,  
Con vivas mil y cantos de alegría,  
Del sol de Tauro á la esplendente lumbre  
Vió en majestad bañado y lozania?  
¡Cuán grande! ¡Cuán augusto  
Ya de Pirene en la enriscada cumbre  
Huella con firme planta  
De su aleve opresor la infiel garganta!  
¡Grata esperanza! Tan dichoso día  
¿Será que luzca al horizonte ibero?  
Sí, no dudéis; lo decretó el destino.  
El español guerrero  
Romperá rey amado, tus prisiones,  
Y enemigos pendones  
Tenderá por alfombras al camino.  
Nuevo Tito serás; benigno el cielo,  
En júbilo tornando los clamores  
Con que la patria fiel por tí suspira,  
Mis ojos te verán; faustos loores  
Daré á tu nombre..... y romperé mi lira.

### Á LA MUERTE DE LA DUQUESA DE FRIAS

Al sonante bramido  
Del piélagos feroz, que el viento ensaña,  
Lanzando atrás del Turia la corriente;  
En medio al denegrido  
Cerco de nubes que de Sirio empaña  
Cual velo funeral la roja frente;  
Cuando el cárabo obscuro  
Ayes despide entre la breña inculta,  
Y á tardo paso soñoliento Arturo  
En el mar de occidente se sepulta;  
A los mustios reflejos  
Con que en las ondas alteradas tiembla  
De moribunda luna el rayo frío,  
Daré, del mundo y de los hombres lejos,  
Libre rienda al dolor del pecho mío.  
Sí, que al mortal á quien del hado el ceño  
A infortunios sin término condena,  
Sobre su cuello misero cargando  
De uno en otro eslabón larga cadena,  
No en jardín halagüeño,  
Ni al puro ambiente de apacible aurora  
Soltar conviene el lastimero canto  
Con que al cielo importuna.  
Solitario arenal, sangrienta luna  
Y embravecidas olas acompañen  
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira  
Que escenas sólo de aflicción recuerdas;  
Lira que ven mis ojos con espanto,

Y á recorrer tus cuerdas  
Mi ya trémula mano se resiste!  
Ven, lira del dolor: ¡Piedad no existe!  
¡No existe y vivo yo! ¡No existe aquella  
Gentil, discreta, incomparable amiga,  
Cuya presencia sola  
El tropel de mis penas disipaba!  
¿Cuando en tal hermosura alma tan bella  
De la corte española  
Más digno fué y espléndido ornamento?  
¡Y aquel mágico acento  
Enmudeció por siempre, que llenaba  
De inefable dulzura el alma mía!  
Y ¡qué! fortuna impía,  
¿Ni su postrer adiós oír me dejás?  
¿Ni de su esposo amado  
Templar el llanto y las amargas quejas?  
¿Ni el estéril consuelo  
De acompañar hasta el sepulcro helado  
Su pálidos despojos?  
¡Ay! derramen sin duelo  
Sangre mi corazón, llanto mis ojos.  
¿Por qué, por qué á la tumba,  
Insaciable de víctimas, tu amigo  
Antes que tú no descendió, señora?  
¿Por qué al menos contigo  
La memoria fatal no te llevaste,  
Que es un tormento irresistible ahora?  
¿Qué mármol hay que pueda  
En tan acerba angustia los aciagos  
Recuerdos resistir del bien perdido?  
Aún resuena en mi oído

El espantoso obús lanzando estragos,  
Cuando mis ojos ávidos te vieron  
Por la primera vez. Cien bombas fueron,  
A tu arribo, marcial salva triunfante.  
Con inmóvil semblante  
Escucho amedrentado el són horrendo  
De los globos mortíferos, en torno  
Del leño frágil á tus pies cayendo,  
Y el agua que á su empuje se encumbraba  
Y hasta las altas grímpolas saltaba.

El dulce soplo de Favonio, en tanto,  
Las velas hinche del bajel ligero,  
Sin que salude con festivo canto  
La suspirada costa el marinero.  
Ardiendo de la patria en fuego santo,  
Insensible al horror del bronce fiero,  
Fijar te miro impávida y serena  
La planta breve en la menuda arena.  
¡Salve, oh deidad! del gaditano muro  
Grita la muchedumbre alborozada;  
¡Salve, oh deidad! de gozo enajenada,  
La ruidosa marina,  
Que á ti se agolpa y el batel rodea,  
Y al cielo sube el aclamar sonoro,  
Como al aplauso del celeste coro  
Salió del mar la hermosa Citerea.

Absortas contemplaron  
El fuego de tus ojos  
Las bellas ninfas de la bella Gades;  
Absortas te envidiaron  
El pie donoso y la mejilla pura,  
El vivo esmalte de tus labios rojos,

El albo seno y la gentil cintura.  
Yo te miraba atónito: no empero  
Sentí en el alma el pasador agudo  
De bastarda pasión, que á dicha pudo  
Del honor y el deber la ley severa  
Ser á mi pecho impenetrable escudo.  
Mas ¡quién el homenaje  
De afecto noble, de amistad sincera  
Cuál yo te tributó, cuando el tesoro  
De tu divino ingenio descubría,  
Que en cuerpo tan gallardo relucía  
Como rico brillante en joya de oro?  
¡Cuántas! ¡ay! qué apacibles  
Horas en dulces pláticas pasadas  
Betis me viera de tu voz pendiente!  
¡Cuántas en las calladas  
Florestas de Aranjuez el eco blando  
Detuvo el paso á la tranquila fuente;  
Ya el primor ensalzando  
Que al fragante clavel las hojas riza  
Y la ancha cola del pavón matiza;  
Ya la varia fortuna  
Del cetro godo y del laurel romano,  
O el poder sobrehumano  
Que de un soplo derroca  
Del alto solio al triunfador de Jena,  
Y con duras amarras le encadena,  
Como al antiguo Encélado, á una roca.  
Pero otro dón magnífico, sublime,  
Más alto que el ingenio y la hermosura  
Debiste al Criador, vivaz destello  
De su lumbré inmortal, alma ternura.



¿Cuándo, cuándo al gemido  
Negó del infeliz oro tu mano,  
Ayes tu corazón? El escondido  
Volcán que decoroso  
Tu noble aspecto revelaba apenas,  
Un infortunio, un rasgo generoso,  
Un sacrificio heroico hervir hacia.  
Entonces agitado  
Tu rostro angelical resplandecía  
De más purpúreo rosicler cubierto;  
Del seno relevado  
La extraña conmoción, el entreabierto  
Labio, las refulgentes  
Ráfagas de tus ojos,  
Que entre los anchos párpados brillaban,  
Las lágrimas ardientes  
Que á tus negras pestañas asomaban,  
El gesto, el ademán, los mal seguros  
Acentos, la expresión... ¡Ah! Nunca, nunca  
Tan insigne modelo  
De esto feliz, de inspiración divina,  
Mostró Casandra en los dardanos muros,  
Ni en las lides olímpicas Corina.

Y sólo al santo fuego  
De un pecho tan magnánimo pudiera  
Deber tu amigo el aire que respira.  
Sólo á tu blando ruego  
La Amistad se vistiera  
Máscara y formas del Amor, su hermano.  
¿Quién, sino tú, señora,  
Dejando inquieta la mullida pluma  
Antes que el frío tálamo la Aurora,

Entrar osara en la mansión del crimen?  
¿Quién, sino tú, del duro carcelero,  
Menos al són del oro empedernido  
Que al eco de los míseros que gimen,  
Quisiera el ceño soportar? Perdona,  
Cara *Piedad*, que mi indiscreta musa  
Publique al mundo tan heroico ejemplo,  
Y que mi gratitud cuelgue en el templo  
De la santa Amistad digna corona...

En el mezquino lecho  
De cárcel solitaria  
Fiebre lenta y voraz me consumía,  
Cuando sordo á mis quejas,  
Rayaba apenas en las altas rejas  
El perezoso albor del nuevo día.  
De planta cautelosa  
Insólito rumor hiere mi oído;  
Los vacilantes ojos  
Clavo en la ruda puerta estremecido  
Del súbito crujir de sus cerrojos,  
Y el repugnante gesto  
Del fiero alcaide mi atención excita,  
Que hacia mí sin cesar la mano agita  
Con labio mudo y sonreír funesto.  
Salto del lecho y sígole azorado,  
Cruzando los revueltos corredores  
De aquella triste y lóbrega caverna,  
Hasta un breve recinto iluminado  
De moribunda y fúnebre linterna.  
Y á par que por oculto  
Tránsito desaparece,  
Como visión fantástica, el cerbero,

De nuevo extraño bulto  
Sombra confusa que se acerca y crece,  
La angustia dobla de mi horror primero.  
Mas ¡cuál mi asombro fué cuando improvisa  
A la pálida luz mi vista errante  
Los bellos rasgos de *Piedad* divisa  
Entre los pliegues del cendal flotante!  
¡Por qué, por qué benigna,  
Clamé bañado en llanto de alborozo,  
Osas pisar, señora,  
Esta morada indigna,  
Que tu respeto y tu virtud desdora?  
¡Ah! si á la fuerza del inmenso gozo,  
Del placer celestial que el alma oprime,  
Hoy á tus plantas espirar consigo,  
Mi fiebre, mi prisión, mi fin bendigo.  
«A este obscuro aposento  
No á que de pena ó de placer espire  
La voz de la amistad mis pasos guía,  
Sino á esforzar tu desmayado aliento  
Contra los golpes de la suerte impía.  
Su cuello al susto y la congoja doble  
El que del crimen en su pecho sienta  
El punzante aguijón: que al alma noble,  
Do la inocencia plácida se anida,  
Ni el peso de los grillos la atormenta,  
Ni el són de los cerrojos la intimida.  
Recobra, amigo caro,  
La esperanza marchita  
Y el digno esfuerzo del varón constante.  
Pronto será que el astro rutilante,  
Que jamás estas bóvedas visita,

De la calumnia vil triunfar te vea:  
Mi fausto anuncio tu consuelo sea».  
Serálo, sí; lo juro;  
Y aunque ese llanto que tu rostro inunda  
Vaticinio tan próspero desmiente,  
No me hará de fortuna el torvo ceño  
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;  
Que el dichoso mortal á quien risueño  
Mira el destino... No acabé. A deshora  
La aciaga voz del carcelero escucho,  
Diciendo: es tarde; baste ya, señora.  
«¡Adiós! ¡Adiós! Del vulgo malicioso,  
Que al despertar del sol sacude el sueño,  
Temo el labio mordaz. ¡Adiós te queda!»  
Aguarda... «¡Adiós!...» Y en soledad sumido,  
Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido  
Barrer las gradas la crujiente seda.  
¡Oh digno; oh generoso  
Dechado de amistad! ¡Oh alegre día!  
¡Y en dónde estás, en dónde,  
Angel consolador, Duquesa amada,  
Que no te mueve ya la angustia mía?  
¡Gran Dios, y ni responde  
De su esposo infeliz al caro acento,  
Aunque en la tumba helada  
Lágrimas de dolor vierte á raudales!  
¡Ni de su triste huérfana el lamento  
Con ambos brazos al sepulcro asida,  
Ablanda sus entrañas maternas!  
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol  
En balde importunáis. Hará el rocío  
Del venidero Abril que al campo vuelva.

La verde pompa que abrasó el estío;  
Mas no esperéis que el túmulo sombrío  
La devorada víctima devuelva,  
Ni á sus profundos huecos  
Otra respuesta oír que sordos ecos.

En él de bronce y oro,  
Inclito vate, entallaran cinceles  
Vuestro heroico blasón, entretejiendo  
Con sus antiguas palmas tus laureles...  
¡Inútil afanar! La cien ceñida  
De adelfa y mirto, pulsará tu mano  
La dolorosa cítara, moviendo  
Con sus blandas querellas  
El orbe todo á compasión... ¡En vano!  
Resonaran con ellas  
Mis gemidos simpáticos, y el coro  
De cuantos cisnes tu infortunio inspira  
Alzar podrá á su gloria  
Noble trofeo en canto peregrino.  
Mas ¡ay! ¿podrá su lira  
Forzar las puertas del edén divino,  
Y el diente ensangrentado  
Del áspid arrancar, en tí clavado?  
A más alto poder, misero amigo,  
Los ojos torna y el clamor dirige,  
Que entre sollozos lúgubres exhalas.  
Al Ser inmenso que los orbes rige,  
En las rápidas alas  
De ferviente oración remonta el vuelo.  
Yo elevaré contigo  
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella  
Que en mis brazos creció cándida niña,

Trasunto vivo de tu esposa bella,  
Dará benigno el cielo  
Paz á su madre, á tu aflicción consuelo.  
Sí; que hasta el solio del Eterno llega  
El ardiente suspiro  
De quien con puro corazón le ruega,  
Como en su templo santo el humo sube  
Del balsámico incienso en vaga nube.

DON DIONISIO SOLÍS

---

LA PREGUNTA DE LA NIÑA

Madre mía, yo soy niña;  
No se enfade, no me riña,  
Si fiada en su prudencia  
Desahogo mi conciencia,  
Y contarle solícito  
Mi desdicha ó mi delito,  
Aunque muerta de rubor.  
Pues Blasillo el otro día,  
Cuando mismo anochece,  
Y cantando descuidada  
Conducía mi manada,  
En el bosque, por acaso,  
Me salió solito al paso,  
Más hermoso que el amor.  
Se me acerca temeroso,  
Me saluda cariñoso,  
Me repite que soy linda,  
Que no hay pecho que no rinda,  
Que si río, que si lloro,

A los hombres enamoro,  
Y que mato con mirar.  
Con estilo cortesano  
Se apodera de mi mano,  
Y entre dientes, madre mía,  
No sé bien qué me pedía;  
Yo entendí que era una rosa,  
Pero él dijo que otra cosa,  
Que yo no le quise dar.  
¿Sabe usted lo que decía  
El taimado que quería?  
Con vergüenza lo confieso,  
Mas no hay duda que era un beso,  
Y fué tanto mi sonrojo,  
Que irritada de su arrojo,  
No sé como no morí.  
Mas mi pecho enternecido  
De mirarle tan rendido,  
Al principio resistiendo,  
Él instando, yo cediendo,  
Fué por fin tan importuno,  
Que en la boca, y solo uno,  
Que me diera permití.  
Desde entonces, si le miro,  
Yo no sé por qué suspiro,  
Ni por qué si á Clori mira  
Se me abrasa el rostro en ira;  
Ni por qué, si con cuidado  
Se me pone junto al lado,  
Me estremezco de placer.  
Siempre orillas de la fuente  
Busco rosas á mi frente,